

Bernard Hours

Breve historia de las órdenes religiosas

Traducción de Violeta Radovich



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Histoire des ordres religieux*

Primera edición: enero de 2026

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: © Luisa Ricciarini/Bridgeman Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Que sais-je? / Humensis, 2012

© de la traducción: Violeta Radovich Ruiz, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-119-4

Depósito legal: M-19853-2025

Printed in Spain

Índice

9	Introducción. Del monacato a la vida consagrada
13	1. Los orígenes del monacato
13	I. El nacimiento del monacato en el Mediterráneo oriental
18	II. Los inicios del monacato occidental
26	2. El paradigma benedictino en el Occidente latino (siglos VIII-XI)
26	I. De Gregorio Magno a Benito de Aniano: el triunfo de la regla de san Benito
28	II. Cluny
34	III. La búsqueda de otras vías
43	IV. El monacato femenino
47	3. Un nuevo monacato: las órdenes mendicantes
48	I. Francisco de Asís (1182-1226) y la familia franciscana
51	II. Domingo y los frailes predicadores
53	III. Las otras órdenes mendicantes
56	IV. Las beguinas
60	4. ¿Una crisis de los regulares a finales de la Edad Media?
60	I. El tema de la «decadencia»

65	II. El movimiento de reforma bajo la regla de san Benito
70	III. Los hermanos menores: la disputa por la pobreza y el nacimiento de la observancia
73	IV. El movimiento de reforma entre los predicadores
74	V. El movimiento de reforma entre los otros mendicantes
76	VI. Las creaciones de la <i>devotio moderna</i>
78	5. Comienzos de la Edad Moderna: una nueva edad de oro para los regulares
79	I. Los regulares entre la contestación y la confirmación
85	II. Las renovaciones
92	III. Las nuevas creaciones
98	IV. Las congregaciones femeninas
102	6. La Ilustración: el cuestionamiento del monacato
102	I. Las formas del antimonacato
108	II. La ambivalencia del siglo
115	7. Secularización y vida regular (siglos XIX a XXI)
116	I. Los avatares del contexto político
123	II. El siglo XIX, nueva edad de oro para los regulares
129	III. Los nuevos desafíos del siglo XX
139	8. Los regulares y las misiones
140	I. La primera expansión misionera (siglos XVI-XVIII)
146	II. Los regulares y el renacimiento misionero en la Edad Contemporánea
153	Glosario
155	Bibliografía

Introducción

Del monacato a la vida consagrada

El monacato, una «forma de vivir el ascetismo cristiano» (P. Maraval), apareció en la segunda mitad del siglo III en la parte oriental del Imperio romano. Fue propiamente institucionalizado a partir del siglo IV, y ha seguido siendo un componente esencial del cristianismo desde entonces hasta nuestros días.

«Monje» viene de *monachos*, «el que vive solo». Nada más sencillo en apariencia, aunque en realidad no hay nada más complejo que definir correctamente qué es el monacato. «Vivir solo» no se refiere necesariamente a la soledad del ermitaño, y la mayoría de las formas de vida monástica son comunitarias o «cenobíticas». Dicho de otro modo, el monje o la monja, hombre o mujer, no es tanto quien vive solo, sino más bien quien vive separado del resto de las personas, de la sociedad en la que normalmente se habría insertado trabajando, casándose y

asegurando el futuro de su familia. Por tanto, podríamos plantearnos la posibilidad de caracterizar al monje, sobre todo, como un «renunciante». Pero el clero diocesano, desde el más humilde vicario hasta el obispo, no pertenece al universo de los monjes, aunque también haya renunciado a seguir los caminos habituales de la vida social. Por otra parte, mientras que el clérigo secular puede practicar el ascetismo, es decir, la formalización de todas las renunciaciones al mundo, esto es precisamente lo que caracteriza la vida monástica. Si bien existen grados en el ascetismo, el monje que lo descuida siempre es considerado un mal monje.

La elección de una vida por separado no es exclusiva de la civilización cristiana. En el budismo, el taoísmo y el sintoísmo también han surgido formas de monacato. Los monjes orientales se definen ante todo por la renuncia, aunque no todos la lleven hasta el extremo de ciertas prácticas *jainistas*, como la desnudez total, signo de desprendimiento absoluto del cuerpo. La perspectiva comparativa que propone el florecimiento actual de los Estudios Globales (*Global Studies*), así como el desarrollo de los encuentros intermonásticos y el hecho de que los monjes occidentales y orientales le concedan la misma prioridad a la oración, plantearían la necesidad de tenerlos a todos en cuenta; sin embargo, por motivos de espacio, en la presente obra nos limitaremos al estudio del monacato católico, al que tendremos que describir a grandes rasgos debido a lo rica y diversa que es su historia.

Esta restricción apenas facilita la identificación de nuestro tema de estudio. La definición clásica del monacato lo equiparaba a las formas de vida eremítica o cenobítica regidas por una regla y consideraba que, de todas ellas, la de san Benito había sido la más equilibrada y fecunda. De ahí que el monje benedictino haya representado durante mucho tiempo el concepto ideal del monje. Quedaban excluidos, por tanto, los canónigos regulares, los monjes mendicantes, los clérigos regulares, las sociedades de vida común, los institutos seculares, etc. Este punto de vista estrictamente canónico ofrece la ventaja de poder seleccionar por exclusión, pero desde un punto de vista antropológico no resulta tan idóneo porque distingue entre formas de vida que comparten expectativas comunes y aplican prácticas afines. J. Dubois, eminente partidario de esta interpretación clásica, afirmaba que, desde los orígenes del cristianismo, «hombres y mujeres han querido llevar una vida enteramente consagrada a Dios». Con ello aprobaba esta interpretación más amplia que asumimos nosotros, aun siendo conscientes de las dificultades que puede plantear. Dicha interpretación lleva a considerar todas las formas de vida consagradas, reguladas y formalizadas fuera del marco parroquial con el fin de encontrar a Dios y vivir en comunidades fraternas. La curia romana ha avalado dicha ampliación: el nombre de la congregación de los regulares, creada en el siglo xvi, ha evolucionado hasta su forma actual de «Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica», aprobada por Juan Pablo II en 1988.

1. Los orígenes del monacato

I. El nacimiento del monacato en el Mediterráneo oriental

1. Los comienzos

Antes de la aparición del cristianismo ya existían fenómenos comparables al monacato, incluso en un contexto no bíblico. En el siglo VI a. C., Pitágoras creó en Crotona, al sur de Italia, una comunidad regida por la ascesis y el silencio, dedicada al estudio y a la búsqueda de la virtud. El budismo, que se desarrolló a partir del siglo V a. C., no se puede concebir sin las comunidades de monjes, que son los únicos capaces de practicar un desapego radical, y que al mismo tiempo son ejemplos vivos de la práctica del ideal budista para los laicos. En cuanto al judaísmo, no solo valoró el eremitismo a través de las figu-

ras de profetas como Elías (que se convertiría asimismo en una referencia importante para el monacato cristiano), sino que también albergó formas de vida comunitaria. Conocemos, por ejemplo, la comunidad de los terapeutas, judíos helenistas que se establecieron al sur de Alejandría y se dedicaron a una vida contemplativa de ascetismo, ayuno, oración y estudio de las Escrituras. Probablemente desaparecieron a finales del siglo I a. C. Pero la comunidad más conocida sigue siendo la de los esenios, a los que se han asociado a menudo los famosos *Manuscritos del Mar Muerto*, descubiertos entre 1947 y 1956. La comunidad, a la que se podía acceder tras una iniciación de tres años, seguía unas reglas ascéticas, con un régimen de exclusiones temporales graduadas en función de la gravedad de las transgresiones; en ella se vivía la absoluta comunidad de bienes, el respeto escrupuloso del *sabbat* y la observancia de la más estricta pureza ritual. Probablemente desapareció en la época de la destrucción del Templo de Jerusalén (70 d. C.).

Tradicionalmente se considera que la aparición del monacato cristiano tuvo lugar a partir del siglo IV d. C. como reacción a la Iglesia constantiniana. La legalización del cristianismo en el Imperio mediante el Edicto de Milán (313 d. C.) habría disminuido el celo en la persecución de los cristianos, del que estos podían dar prueba, pues con ella se tendía a creer que el cristianismo podía reconciliarse con el mundo. Pero para recuperar las altas exigencias establecidas por los primeros cristianos, era necesario romper con el mundo. Y, efectivamente,

los primeros Padres del Desierto ya tenían maestros y se presentaban como herederos de una tradición: el cristianismo primitivo estaba fuertemente marcado por una exigencia de ascetismo y rigor. La pobreza, la continencia y la virginidad fueron valores que prepararon el camino para la aparición del monacato. Varias iglesias reconocían la existencia de una «orden de vírgenes», mientras que en Mesopotamia cada comunidad contaba con «hijos e hijas de la alianza» que se comprometían a una vida de renuncia. La primera comunidad cristiana descrita en los Hechos de los Apóstoles proponía también un modelo de organización basado en la comunidad de bienes y la oración en común. Varios maestros anteriores al siglo IV definieron así un ideal que se concretaría en el desarrollo del monacato. Orígenes (185-253) predicaba el ayuno, la abstinencia, la pobreza, el alejamiento del mundo, la oración continua como participación en la vida divina y el estudio diario de las Escrituras.

2. Los Padres del Desierto

Con este nombre se designa a los anacoretas y maestros espirituales que vivieron en Egipto en el siglo IV. Este periodo está dominado por la personalidad de Antonio († c. 356), que vivió como ermitaño. Atanasio, patriarca de Alejandría, escribió su *Vida* hacia el año 360. Entre sus discípulos se cuentan Macario el Viejo e Hilarión,

que fundó un monasterio en la región de Gaza hacia el año 329. La iconografía tradicional de Antonio ilustra sobre todo las tentaciones a las que fue sometido, y transmite así el significado de la anacoresis (o vida eremítica) para los Padres del Desierto: mediante el ascetismo, el estudio de las Escrituras y la oración, el anacoreta lucha contra el diablo y se impone definitivamente a sus tentaciones cuando alcanza la *apatheia* o ausencia total de pasiones. La influencia de algunos anacoretas los llevó a organizar a sus discípulos en verdaderas colonias, sin más reglas que los consejos del maestro. Se establecieron tres centros principales en el desierto, al sur de Alejandría: Nitria, las Celdas y Escete, que fueron abandonados durante el siglo VII.

Cuna de la anacoresis cristiana, el Egipto del siglo IV fue también la cuna del cenobitismo, sobre todo bajo el impulso de Pacomio († 346). Hacia el año 321, Pacomio formó una comunidad de eremitas en Tabennisi a la que dotó de una regla, que Jerónimo tradujo al latín a principios del siglo V. Dicha regla preveía un examen y un periodo de formación (escritura y lectura), tras el cual el monje llevaba una vida de ascetismo y oración bajo la dirección de otros monjes que mantenían una rigurosa disciplina. Los monjes vivían en celdas individuales agrupadas en casas, todas ellas rodeadas por una muralla que también albergaba edificios comunitarios (sala de culto, almacén, cocina, refectorio y casa de huéspedes). Pacomio fundó otros ocho monasterios para hombres y dos para mujeres, que puso bajo el control de los monjes

que él nombró. Durante su vida, estas comunidades podían llegar a contar con varios centenares de monjes.

Al mismo tiempo, en Palestina apareció una forma original de organización, la «laura»: los monjes vivían en celdas aisladas y se reunían al final de la semana en edificios comunitarios dispuestos alrededor de una iglesia. Caritón fundó el primero, y el modelo se sistematizó en tiempos de Sabas (439-532), quien, hacia 483, fundó la Gran Laura entre Belén y el mar Muerto.

En Siria surgió un movimiento de anacoretismo y cenobitismo especialmente riguroso que fue documentado por Teodoreto de Ciro en *Historias de los monjes de Siria* (444): cadenas al cuello, ayunos y vigilijs prolongados, rechazo de toda higiene corporal, mantenerse siempre de pie, múltiples postraciones. Aunque algunos ermitaños llevaban una vida errante, la mayoría optaba por una vida sedentaria de reclusión en una cueva o celda, o bien al aire libre en un recinto sin techo, entre los árboles (los dendritas) o en una plataforma situada en lo alto de una columna (los estilitas; el más famoso fue Simeón el Viejo, que, entre los años 423 y 459, vivió en tres columnas que iban siendo cada vez más altas).

El mismo rigor caracterizó el inicio del monacato en Asia Menor, con Eustacio de Sebaste, que defendía la pobreza total y la castidad perfecta hasta el punto de poner en entredicho la vida familiar. Fue condenado por el Concilio de Gangra en 355. Su discípulo Basilio de Cesarea, tras descubrir el monacato egipcio y sirio, se estableció en Annisa, cerca de Neocesarea, con su hermano

Gregorio de Nisa y algunos amigos, entre ellos Gregorio Nacianceno. Allí desarrolló un monacato que, al igual que las fundaciones pacomianas, se distanciaba del modelo anacoreta. La vida comunitaria, basada en la oración, la liturgia, el trabajo y la caridad, se organizaba en torno al superior y en estricta obediencia. También imponía un ritmo común de prácticas ascéticas.

II. Los inicios del monacato occidental

En la parte occidental del Imperio romano, la práctica del ascetismo se prolongó durante más tiempo (virginidad, pobreza, oración, ayuno y servicio a los pobres), sin romper con el marco doméstico y cotidiano de la vida. El monacato se importó de Oriente en la segunda mitad del siglo iv. La *Vida* de Antonio fue emulada por eremitas que se instalaron en el campo, en los bosques cercanos a ciudades como Tréveris o en las islas de la costa de Liguria o la Provenza. Si bien, especialmente en la Galia, la vida cenobítica se impuso rápidamente a la eremítica, sobre todo bajo la influencia de los obispos, muchos fundadores de monasterios, como Martín de Tours u Honorato de Lérins, comenzaron con esta forma de renuncia. El cenobitismo siguió teniendo muchos adeptos en la España visigoda y en el centro y sur de Italia, que había sido reconquistada por los bizantinos. La implantación del cenobitismo también se vio favorecida por la traducción de reglas orientales al latín, como la *re-*

gla de san Pacomio, traducida por Jerónimo hacia 400, y las *Reglas monásticas* de Basilio de Cesarea, traducidas por Rufino. Por último, hacia el año 420 o 430, Juan Casiano publicó sus *Instituciones y Conferencias*, que describían la vida y la espiritualidad del centro monástico del desierto de Escete, donde había vivido unos diez años.

1. La difusión del monacato en Occidente

En Italia, a partir de finales del siglo IV, los monasterios se multiplicaron bajo la órbita de la autoridad episcopal. Al haber menos diócesis en la parte septentrional de la península, también había menos monasterios, mientras que en la Italia central y meridional se extendieron en forma de pequeñas casas urbanas y suburbanas. A finales del siglo IV, Agustín vio varias de ellas en Roma. Las fundaciones solían ser de origen episcopal, aunque a veces también eran obra de solitarios que atraían a discípulos. El más famoso, Benito de Nursia (c. 480/490-550/560), vivió primero como ermitaño cerca de Subiaco, no lejos de Roma. Fundó el monasterio de Montecassino (destruido entre 580 y 581 por los lombardos) para sus seguidores, y otros dos al final de su vida. Los monjes expulsados por las invasiones, ya procedieran del norte de África o de las regiones septentrionales, se refugiaron en Italia. Pero no todas las fundaciones perduraron. Entre estas últimas, la de Vivarium en

Calabria, fundada por Casiodoro (c. 550), desempeñó un importante papel cultural: sus monjes transcribieron numerosos textos sagrados y profanos que más tarde se difundieron por las bibliotecas monásticas de todo Occidente.

Agustín, obispo de Hipona, fomentó el desarrollo de monasterios en el norte de África. Él mismo, autor de una regla, fundó uno en su casa episcopal. Tras quedar interrumpido por las persecuciones de los primeros reyes vándalos, el movimiento se reanudó a finales del siglo V, y los monasterios fueron adquiriendo progresivamente su autonomía respecto de la autoridad episcopal. A principios del siglo VII, muchos monjes orientales, como Máximo el Confesor, que habían sido expulsados por las invasiones persas, encontraron refugio temporal o permanente en el norte de África.

La Galia ofreció un terreno especialmente fértil para el monacato: a finales del siglo VI había más de doscientos monasterios en la Galia, y otros trescientos se fundaron durante el siglo siguiente. En 361, Martín, que al principio había vivido en solitario, fundó el monasterio de Ligugé para sus discípulos: en él, la vida era semiere-mítica, y seguía un modelo cercano a las lauras orientales. Tras convertirse en obispo de Tours, fundó varios monasterios más; entre ellos, el de Marmoutier. A principios del siglo V, Honorato estableció una comunidad en la isla de Lérins, frente a la costa de Cannes. La fundación prosperó rápidamente, generó numerosas filiales y constituyó un verdadero vivero de teólogos y obispos du-